

El inicio de la expansión de la sociodemocracia en América Latina¹

Compañeros delegados:

Hace once años, se celebró en mi país la Conferencia Regional de la Internacional Socialista que marcó el inicio de la expansión de la socialdemocracia en América Latina. Entre los líderes que prestigiaron aquella histórica cita de Santo Domingo se encontraba Betico Croes, fundador y líder del Movimiento Electoral del Pueblo. A partir de aquel evento, el joven y apuesto líder que reclamaba con pasión la independencia de su país, desbordó con los rayos de su inteligencia las fronteras de su patria para convertirse en uno de los dirigentes más importantes de nuestro movimiento.

Aunque un trágico accidente eclipsó primero y apagó después aquella estrella rutilante de la política de Latinoamérica, su recuerdo y su ejemplo siguen viviendo, y es por ello que sus compañeros del Movimiento Electoral del Pueblo, fieles a la vocación internacionalista de su líder, han ofrecido el suelo de Araba como sede de esta conferencia del Comité de la Internacional Socialista para América Latina y el Caribe.

La conferencia de Santo Domingo tuvo lugar en momentos en que Latinoamérica estaba gobernada mayormente por dictaduras militares y en que iniciaba su ascenso el presidente Ronald Reagan al frente de un agresivo Partido Republicano que anunciaba el fin de la llamada Política de Defensa de los Derechos Humanos del presidente Carter que, precisamente, reclamaba el fin de las dictaduras y la restauración de la democracia.

En la década discurrida desde la celebración de la conferencia regional de 1980 hasta hoy, contrariamente a lo previsto por los políticos y analistas, las dictaduras, que los funcionarios de la Administración Reagan consideraban mejores valladares contra el comunismo que las democracias, no se sostuvieron y los pueblos de América Latina, en un medio internacional que en sus inicios les fue hostil, conquistaron la libertad y restablecieron la vigencia de la democracia prácticamente en todas las naciones del continente.

La historia tiene sus propios caminos, distintos a los que le trazan de antemano los hombres y así, al final de su segundo mandato, el presidente Reagan fue arrastrado por la corriente liberadora del Continente, a tal punto que se atribuyó a si mismo los méritos de la democratización de América Latina, obra de sus pueblos, a la que sin duda alguna contribuyó, al final, la ejecución de una política igual a la de la defensa de los derechos humanos del Partido Demócrata.

¹ Discurso pronunciado en Araba, el día 10 de abril de 1991, en su calidad de presidente de la CICLAC.

Las largas dictaduras padecidas por las grandes naciones latinoamericanas hicieron pensar que el advenimiento de la democracia significaría el fin de los sufrimientos de los pueblos, pero no ha sido así porque las que han sido restauradas únicamente han hecho efectiva la práctica de los derechos políticos e individuales, dejando irresueltos los gravísimos problemas económicos y sociales de nuestros países, con lo cual se ha creado una nueva frustración que se ha extendido también a las naciones de Europa del Este y Central, como lo prueba la desilusión de los habitantes de la antigua Alemania Oriental.

A diferencia del desarrollo de Europa Occidental y de los Estados Unidos, que ha sido integral porque abarcó la economía, la sociedad y la política, el de América Latina ha sido arrítmico y contradictorio porque cuando ha florecido la economía, se ha pisoteado la libertad y cuando ha progresado la democracia, se estancado el desarrollo económico.

A este respecto, cabe recordar que el decenio de los años sesenta y mediados de los setenta fue de gran dinamismo económico, pero fue también el de los golpes militares de Brasil, Argentina, Uruguay y Chile y otros países de la región, mientras que la década de los ochenta, que ha sido la de la liberalización democrática, fue justamente calificada como década perdida porque en esos años experimentamos la mayor caída de nuestras economías.

Es evidente que tanto los Estados Unidos como Europa Occidental deben en parte su desarrollo económico a la integración; la de un país como Norteamérica, que evitó la fragmentación de América Latina con la ruptura del sueño unitario de Bolívar, y una Europa que se repuso de los terribles estragos de la guerra aprovechando las mayores oportunidades que al comercio, las industrias y los intercambios ofrecía la comunidad.

Los vientos unionistas que soplan con fuerza en estos momentos en todas las subregiones del continente son la mayor prueba de que todos los líderes de nuestro hemisferio han llegado a la conclusión de que el fin de la dicotomía del desarrollo en América Latina solamente puede lograrse con la práctica de la democracia política, la integración de nuestras economías y la vigencia efectiva de los derechos sociales y económicos de nuestros ciudadanos.

De manera, pues, que democracia política, derechos humanos e integración son las claves del desarrollo global de Latinoamérica y más aun del continente entero, y a ello se debe que el Comité de la Internacional Socialista para América Latina y el Caribe haya decidido que esta conferencia verse sobre esos temas trascendentales, a fin de perfilar mejor la posición de nuestros partidos para que sean instrumentos más efectivos en la gran tarea de construir el bienestar y la felicidad de nuestros pueblos.

Durante muchos años, los adversarios de la democracia presentaron como fórmula alternativa para producir el desarrollo integral de nuestros países los gobiernos militares tecnocráticos que se suponían más eficientes que las administraciones civiles dirigidas por políticos profesionales. El resultado de dos décadas de predominio militar arrojó, como consecuencia, el endeudamiento externo y la

pérdida de nuestra soberanías, porque casi todas las naciones del continente han tenido que suscribir acuerdos con el Fondo Monetario Internacional que limitan su autonomía económica y traban su libertad de acción en el campo de la economía internacional.

La solución alternativa ofrecida a los pueblos de América Latina como panacea a sus problemas económicos y sociales fue la dictadura revolucionaria de la izquierda marxista leninista o las llamadas *democracias populares* que parecían haber eliminado la dependencia y mejorado las condiciones de vida de sus pueblos, aunque al precio del sacrificio de su libertad. Los sorprendentes acontecimientos ocurridos en el desaparecido campo socialista, es decir, los países de prevalencia del llamado *socialismo real autoritario*, no dejan lugar a dudas sobre la ineficiencia y la incompetencia de ese sistema para propiciarles un desarrollo integral a sus ciudadanos.

Lo ocurrido en Europa Oriental no es solamente el fracaso de los burócratas que la gobernaban, sino el fracaso de un sistema repudiado por los pueblos como lo prueba la revolución pacífica de Hungría y Checoslovaquia, pero también la revolución violenta y sangrienta en Rumania, donde una represión salvaje de las fuerzas de seguridad no pudo impedir la rebelión triunfante de su pueblo. En otros casos, como en Polonia y Albania, ha sido la lucha de masas la clave de la democratización, de tal manera que podemos afirmar que, no obstante los partidarios de la libertad de Europa Oriental y América Latina luchar contra la dictadura de izquierda unos y de derecha otros, las fórmulas y las tácticas propiciatorias de la libertad fueron más o menos las mismas.

Un examen de los resultados de la acción de gobierno de los partidos comunistas de Europa Oriental y Central nos demuestra que su atraso en todos los planos era mayor que el que suponían sus adversarios y que requerían grandes esfuerzos y una gran solidaridad internacional para eliminar las secuelas del endeudamiento externo, el atraso tecnológico, el bajo nivel de vida y el estancamiento de su producción industrial.

Parecida situación confrontan las reacciones de América Latina con la circunstancia agravante de que las naciones de Europa Oriental tienen un capital que no poseemos en América Latina, que son los recursos humanos de sus hombres y sus mujeres alfabetizados y mejor preparados para emprender la construcción de una verdadera democracia social.

Es evidente que la democracia política por si sola está tan condenada al fracaso como lo estuvieron las dictaduras de izquierda y de derecha. Por tanto, en Europa como en América Latina, los grandes intereses del capital internacional han logrado imponer la vigencia de los principios del neoliberalismo anticuado que nos presenta al mercado como el dispensador de la justicia social y el nivelador de las desigualdades.

Dado el débil desarrollo económico de nuestros países, el mercado está controlado por los monopolios y las multinacionales, que asfixian en muchos casos la libertad de

comercio de los más pobres y los más débiles para hacer prevalecer los intereses de los más poderosos.

En este sentido, es obvio que la privatización a ultranza no ha garantizado la modernización industrial ni la eficiencia que la mejor administración del sector privado comportaría. Hay empresas públicas que cumplen una función social a favor del interés general de los ciudadanos cuando son administradas por el Estado y que se convierten en negocio del exclusivo beneficio de sus accionistas cuando se venden al sector privado no siempre a precios justos, sobre todo cuando poderosos intereses del sector privado tienen sus representantes en los órganos de poder, como sucede con frecuencia en América Latina.

Hay otros casos en que se trata de negocios que compiten con el capital privado en condiciones desventajosas, como sucede en nuestro país con los hoteles del Estado, que deben transferirse al empresariado, no así aquellas empresas estratégicas para la seguridad nacional o para el papel equilibrador que las mismas tienen en una sociedad determinada para evitar que el Estado se convierta en simple supervisor de un proceso económico controlado por los más fuertes. El neoliberalismo ha hecho primar los intereses de las minorías sobre los de las mayorías y a ello se debe que la democratización de América Latina no haya conservado el entusiasmo que generó la desaparición de las dictaduras.

Aun en grandes naciones industriales, como Gran Bretaña y los Estados Unidos, estamos presenciando el fracaso de las políticas neoliberales que ya le costaron el poder a la primera ministra Margaret Thatcher y posiblemente sea causa de la inminente victoria del compañero Neil Kinnock como próximo primer ministro, según lo vienen reflejando las encuestas.

Que la administración de las grandes empresas públicas por parte del sector privado no es la solución de la crisis, lo demuestran las quiebras de importantes aerolíneas norteamericanas como la Pan American y la Eastern, o la bancarrota de las asociaciones de ahorros y préstamos de los Estados Unidos, de muchas de sus instituciones bancarias, las ventas a firmas japonesas de poderosas empresas cinematográficas, o la pérdida por parte de las principales empresas automovilísticas de ese país con sus generes del Japón y Europa Occidental.

De manera que, mientras el sector privado fracasa en la administración de sus grandes negocios en los Estados Unidos, en América Latina queremos entregarles nuestras líneas aéreas y nuestras fábricas y desposeemos a nuestros pueblos de un patrimonio que les costó lucha y sangre. La respuesta efectiva para detener este deterioro de la credibilidad de la democracia es el trabajo en común de todos nuestros pueblos a través de la integración de nuestra economía. Nuestros dirigentes así lo han comprendido y eso explica por qué acaba de firmarse en Asunción el tratado que establece el Mercado Común del Cono Sur; se celebró la Conferencia de Presidentes de la isla Galápagos, en Ecuador, para relanzar el Pacto Andino, y se está revigorizando el CARICOM con el propósito de llegar a la unidad económica total de las islas del Caribe.

La integración es la clave de nuestro desarrollo económico armónico como región y de nuestra supervivencia como naciones libres e independientes, porque sin ellas seremos avasallados por los Estados multinacionales que se están formando en esta década final del siglo y que serán las fuerzas rectoras de la economía mundial en el siglo XXI.

De la integración regional debemos avanzar hacia la concertación continental cuando, una vez afianzados los programas de integración de la América Latina, estemos en condiciones de integrarnos con los Estados Unidos y el Canadá, como ha propuesto, tal vez con anticipación, el presidente George Bush. La crisis de la democracia norteamericana, roída por el narcotráfico, la criminalidad y el estancamiento, no le deja alternativa para enfrentar con éxito la emergencia de nuevos polos de poder mundial que propiciar una integración con la América Latina, a la que debemos acudir como iguales y no en un plano de subordinación, al que nos expone nuestra discusión del Tratado de Libre Comercio propuesto por los Estados Unidos a México, y la Iniciativa de las Américas dirigida a nuestros países, hecho que sin duda alguna encierra un trascendental cambio de rumbo de la política norteamericana.

Finalmente, creemos que la eficiente administración del Estado no significa necesariamente que tenemos que depender de los administradores del sector privado. Dirigir una América Latina integrada significará que debemos capacitar adecuadamente a nuestros dirigentes más allá de los principios ideológicos del socialismo democrático y en las técnicas que permitan alcanzar el poder. El fracaso de la democracia está relacionado con la incapacidad de los líderes para gobernar eficazmente. Es por ello que nuestros partidos están en la obligación de preparar y adiestrar a sus dirigentes para dirigir con eficiencia un Estado moderno, lo que significa que debemos convertir nuestros partidos en escuelas de dirigentes y administradores para no depender de los cuadros del sector privado.

Nuestra doctrina postula el respeto a las formas plurales de posesión como so la propiedad privada, la social y la estatal. Capacitando adecuadamente nuestros cuadros para administrar la propiedad social y los bienes del Estado, es la mejor manera de mantenernos fieles a los principios del socialismo democrático que se diferencia del individualismo precisamente en la importancia que otorga al bienestar general de los ciudadanos.

La situación de los derechos humanos en América Latina

Con la elección del presidente Jean-Bertrand Aristide, se ha completado la virtual democratización de la América Latina. El hecho de que, desde el río Bravo hasta Cabo de Hornos, tengamos gobiernos de elección popular en todos los países de América Latina, no significa sin embargo el ejercicio efectivo de los derechos humanos, porque éstos abarcan los derechos humanos, porque estos abarcan los derechos sociales y económicos y bien sabemos que en casi todas nuestras naciones hay una mayoría de ciudadanos que no tienen acceso a la educación, al trabajo bien remunerado, a la salud y a los programas de seguridad social que establece el

Estado moderno a favor de la maternidad, la infancia, los ancianos y los desempleados.

Esta dicotomía podemos reducirla diciendo que en América Latina conquistamos la democracia política, pero hemos perdido la batalla por el establecimiento de la democracia social, que es precisamente la finalidad de nuestro movimiento.

A la falta de un ejercicio efectivo de los derechos sociales, ha venido a agregarse la pérdida de garantías individuales que son indesligables de la democracia, como la seguridad personal de los ciudadanos, porque ya sabemos que con la aparición de nuevas formas de delincuencia generalizada con delitos nuevos como el secuestro, nuestras democracias son incapaces de garantizar la integridad de los gobernados.

Esa es la trágica situación que confrontan naciones como Colombia, Perú, Guatemala y El Salvador, mientras en las restantes las prácticas de los derechos sociales son una aspiración futura.

Hay un caso especial en América Latina que no sólo se refiere a las violaciones a los derechos, como es el de Panamá, donde todavía hay presos políticos y una crisis económica y social que la intervención militar de los Estados Unidos prometió resolver.

Efectivamente, los demócratas del continente que hemos apreciado el discurso a favor de América Latina del presidente George Bush con su Iniciativa para las Américas, no comprendemos cómo es posible que todavía se mantenga la ocupación militar en ese país y que las tropas norteamericanas realicen labores de policía, como sucedió con el sofocamiento de una rebelión de fuerzas del orden contra el gobierno de ese país hace algún tiempo.

Esperamos que la hermosa tierra del Istmo que hizo respetar el general Torrijos con sus ejecutorias independentistas recobre su plena soberanía mediante la lucha pacífica de sus ciudadanos y la celebración de elecciones, sin la interferencia de ninguna potencia exterior, y la desocupación de su territorio.

Otro caso que merece una especial ponderación es la victoria alcanzada por el pueblo de Puerto Rico con la institución del español como idioma de ese estado latinoamericano y los esfuerzos que vienen haciendo los patriotas puertorriqueños para lograr que, tal como lo propuso el presidente de los Estados Unidos, esa isla defina su estatus en un plebiscito en el que su pueblo exprese su derecho a la libre autodeterminación.

Felicitemos a nuestros compañeros del Partido Independentista Puertorriqueño, que con tanto celo han defendido los derechos de su pueblo, y los exhortamos a que continúen manteniendo abiertas las puertas de una posible concertación con otras fuerzas progresistas en orden a seguir logrando conquistas que afiancen la libertad y un desarrollo cultural independiente de la ilustre nación, cuna del padre del antillanismo de Ramón Emeterio Betances.

Cuando se discute el tema de los derechos humanos, se afirma que la última dictadura que queda en América Latina es la República de Cuba, y no son pocos los que han censurado que la Internacional Socialista se haya referido a esa nación.

Realmente, la situación de Cuba es un complejo caso aparte que requiere ser tratado con delicadeza porque es cierto que, en el plano social, ese país ha logrado avances superiores a los de la mayoría de los de América Latina en campos tales como el de la salud, la educación, los deportes, la alimentación, la electrificación y la investigación científica. Es cierto, además, que durante tres décadas esa nación ha soportado estoicamente un bloqueo económico total de la principal potencia de la región (los Estados Unidos) y aunque la solidaridad de la Unión Soviética pudo aliviar los efectos terribles de ese cerco económico, es indudable que la República de Cuba habría avanzado más de no haber tenido que utilizar en parte las anticuadas y obsoletas técnicas productivas del bloque soviético. Es indudable que el bloqueo económico estadounidense se justificó sobre la base de una política errada del gobierno revolucionario en su etapa inicial, cuando prometía convertir la Cordillera de los Andes en una gigantesca Sierra Maestra.

Los resultados de esa política que propugnaba un internacionalismo revolucionario en América Latina fracasó y, por uno de esos saltos inesperados de la historia, resultó efectiva en África del Sur, donde es indudable que la solidaridad militante de la revolución cubana ha contribuido a la consecución de la independencia de Namibia y Zimbabwe, la consolidación de Angola y Mozambique y a abatir la agresividad del ejército de África del sur y a facilitar la legalización del Congreso Nacional Africano, conquista alcanzada también gracias al apoyo sostenido de la Internacional Socialista y a las sanciones impuestas por las Naciones Unidas.

De manera que, en el plano social y en la solidaridad internacional, la revolución cubana tiene motivos para reclamar que es una democracia de hecho, pero es evidente que la continuidad presenciada en el poder de un solo partido y la disidencia de centenares de miles de desafectos en territorio de los Estados Unidos que no tiene canales para manifestar sus ideas, como sucede en todas las naciones donde prevalece el pluralismo político, confirman la existencia de una dictadura revolucionaria que, a nuestro juicio, debe dar paso a fórmulas más participativas de gobierno, sin desmedro a su derecho a defender su seguridad nacional.

De ahí que sea tan importante que, desaparecidas las causas que justificaron o sirvieron de pretexto para decretar el bloqueo contra Cuba, creamos llegada la hora en que la Organización de Estados Americanos deba reintegrar ese país al sistema interamericano, pero también creemos que una apertura política en la República de Cuba es una medida fundamental para hacer avanzar su proceso a etapas superiores de desarrollo social y económico, con el positivo efecto que resultaría del reencuentro de una población alfabetizada y disciplinada con los mejores talentos de su comunidad residente en el exterior y su bagaje de capitales y nuevas tecnologías.

La posibilidad de esta apertura política y el fin del bloqueo requiere necesariamente del diálogo entre los Estados Unidos y Cuba y la deposición de posiciones intransigentes.

Durante una visita que realizamos en el año 1987 a la República de Cuba, le dijimos al doctor Fidel Castro que, a nuestro juicio, era él el único gran líder que le quedaba al campo comunista, y él me replicó que no olvidara Kim Il Sung, el presidente de Corea del Norte. Pero Kim Il Sung está propiciando la unidad de la península, que ha encontrado por vía diferente el camino del desarrollo. El líder de la revolución cubana parece hacer lo mismo para completar su obra. Ciertamente que, tal como lo advertimos al presidente Castro, sólo gracias a su extraordinario liderazgo se mantenido como la estrella solitaria de su bandera desafiante, no sólo frente a los Estados Unidos, sino también a la otra potencia: la Unión Soviética, de la que se suponía que era un subordinado.

El presidente Fidel Castro tiene la inteligencia para propiciar igualmente la unidad de su país, librar a Cuba del cerco económico y ser la excepción a la regla de los líderes comunistas superados por la dinámica implacable de los acontecimientos de la Historia. Sobre el terremoto político que sacude el campo comunista, Fidel Castro es el único líder que tiene la oportunidad de jugar la carta de la democracia y mantenerse en pie.